

descuido de los napolitanos que le había permitido entrar en su ciudad, mandó tapiar sólidamente las embocaduras de todos, y desplegó con tranquila prevision todos los recursos que le sugeria su extraordinaria pericia y talento de mando. El mismo se encargó de dirigir en persona la defensa de las puertas Pinciana y Salaria, por ser los puntos mas vulnerables y mas fáciles de escalar sus murallas; mandó tapiar sólidamente la Flaminia, mas amenazada que las otras por tener muy próximo uno de los campamentos enemigos, y confió la defensa de las demás puertas cada una á un jefe de infantería. La ruptura de los acueductos había hecho parar los molinos que funcionaban antes en el interior de la ciudad; y por otro lado escaseaba el ganado para moverlos con malacates, circunstancia que causó gran turbacion entre el pueblo que no podía moler su trigo; pero Belisario encontró al momento el remedio: inventó los molinos de río, é inmediatamente construyó dos sobre barcas reunidas y amarradas con anclas en el Tíber, y cuando los sitiadores lograron destruir estos ingenios por medio de troncos y de cadáveres de romanos que echaron al río en la parte superior, cerró Belisario la corriente con cadenas, con lo cual dificultó también á los bárbaros el paso en lanchas. Con estas defensas quedaron libres los dos molinos que durante todo el tiempo del sitio bastaron para la produccion de la harina que necesitaba la poblacion. Para beber bastaban los pozos de la ciudad, pero no para los baños, que se habían hecho tan indispensables á los romanos como el agua que bebían; y viéndose privados de esta satisfaccion volvióse el senado y el pueblo contra Belisario, acusándole de haber venido á Italia con fuerzas insuficientes y que les causaba duras privaciones «sin haberlas ellos merecido.» Witiquis llegó á saber esta disposicion de los ánimos en la capital por desertores y determinó aprovecharla, enviando una embajada á la ciudad con orden de tratar con Belisario solo en presencia del pueblo para aumentar el descontento de este, y efectivamente realizóse la entrevista; pero cuando los embajadores presentaron al pueblo el sitio de la ciudad como una consecuencia de su ingratitude y falsedad, despachólos el general bizantino negando á los godos todo derecho sobre Roma. No quedaba pues mas recurso que el asalto. Los ostrogodos habían hecho todo lo que sabían y habían visto hacer á los generales romanos; habían fabricado escalas y preparado faginas para llenar los fosos, además habían construido cuatro arietes servidos cada uno por 50 hombres, y torres de madera altas como las mismas murallas y tiradas por bueyes; pero estas imitaciones toscas del arte militar romano solo excitaron la risa de Belisario, que colocó sobre las murallas balistas y defendió las puertas con rejas llamadas lobos, armadas de puntas de lanza, garfios y estacas puntiagudas que los dentro hacían bajar y subir á voluntad. A la salida del sol del décimo octavo día, condujo Witiquis su ejército al asalto. En la ciudad reinaba gran terror; pero Belisario se rió, y para animar á los timoratos, atravesó repetidas veces con la certera puntería de sus balistas á diferentes jefes ostrogodos cubiertos de su armadura, al frente de sus tropas. Luego mandó hacer lo mismo con el ganado que tiraba de las torres ambulantes para aproximarlas á las murallas, al cual, como Belisario había previsto, no se acordaron los godos de proteger contra los tiros de los balistas. Los bueyes cayeron y las grandes torres quedaron paradas, inmóviles é inservibles. El general bizantino ya sabía que estas máquinas nunca llegarían hasta las murallas. La puerta Pancracia y la Flaminia no fueron atacadas á causa de su difícil acceso; todos los esfuerzos de los sitiadores se dirigieron sobre la puerta Aureliana á la orilla derecha del Tíber y sobre el mausoleo de Adriano que la protegía; y tan rápidamente habíanse aproxi-

mado los godos, ócultados por la columnata de San Pedro, que no se hallaban ya expuestos á los balistas que solo tiraban horizontalmente y no desde arriba abajo. Para resguardarse de las flechas y venablos arrojados á mano, valiéronse de colosales escudos, con los cuales formaban un verdadero techo sobre sus cabezas. Así fueron acercándose á los muros y los escalaban ya, cuando los defensores en su desesperacion, faltos de proyectiles eficaces, echaron mano de las infinitas estatuas de mármol que adornaban el monumental sepulcro del emperador, y rompiéndolas y arrojándolas sobre los que subían al asalto los aplastaron y sepultaron debajo de sus grandes escudos.

Ninguna tentativa hicieron los godos contra la puerta Pinciana, aunque la muralla presentaba en aquel punto bastantes y grandes grietas; por cuya razon atribuyeron los romanos esta ventaja á la proteccion especial del apóstol San Pedro. Atacaron la puerta Salaria, pero pronto desistieron de su intento, aterrorizados por la destruccion que sembraban los balistas de la torre izquierda en sus filas, y sobre todo cuando uno de sus nobles mas distinguidos y mas valientes, armado todo de hierro, que estaba un poco apartado de las filas limpiando con sus certeras flechas las murallas y torres de la ciudad, quedó de repente y no obstante su armadura, clavado de un tiro de balista en un poste que había detrás de él. Luego trataron los godos de penetrar en el vivario, que así se llamaba el sitio donde solían encerrarse las fieras para las funciones del circo, cuyo muro exterior era mas bajo que los otros, y el interior bastante débil para defensa de guerra. Allí aplicó Witiquis sus arietes hasta que el muro cedió y pudo ser escalado por sus tropas; pero Belisario, llamado por sus oficiales espantados encargados de la defensa de la puerta Salaria, dejó penetrar los godos en el vivario para aplastarlos mejor. Así fué: cuando los godos estaban dentro, les atacó con una seccion de sus mejores tropas, que armadas solo de sus espadas hicieron tan terrible carnicería en las apiñadas masas, sin espacio para moverse ni defenderse, que no dejaron ni uno vivo, y prosiguiendo su victoria cayeron sobre las filas godas formadas detrás del vivario, derrotándolas tan completamente, que en su huida dejaron abandonados los pesados arietes, que los vencedores se dieron prisa á quemar. Hicieron entre tanto una salida los de la puerta Salaria y lograron también incendiar allí las máquinas guerreras. Así quedó rechazado victoriosamente el asalto general, con pérdidas colosales para los ostrogodos, en cuyas apretadas filas causaron innumerables bajas los proyectiles, derrotándolas y diezmandolas despues en las diferentes salidas, á pesar de haber combatido desde el nacimiento del sol hasta la puesta con admirable heroísmo y desprecio de la muerte. Sus propios jefes calcularon sus pérdidas en 30,000 muertos y 60,000 heridos.

Belisario no se durmió sobre sus laureles; temiendo la terquedad de sus enemigos, y una pronta escasez de víveres, envió á todos los habitantes que no servían para la defensa, por mar á Nápoles y Sicilia, y solo cuando había realizado esta reduccion de la poblacion, advirtió Witiquis su descuido, y bloqueó el puerto (Portus) para quitar por lo menos á los sitiados el aprovisionamiento por mar. Estos hicieron varias salidas, muchas de ellas dirigidas al Campo de Neron, en que solían sucumbir siempre los godos que no tenían armas para defenderse de los arqueros hunos de Belisario montados en sus ligeros caballos; porque los godos solo manejan el arco á pié, de modo que convencidos de su torpeza evitaron poco á poco todo combate, limitándose finalmente á cortar á la ciudad todos los víveres para rendirla por hambre. En efecto, el hambre hizo bastantes estragos entre los defensores, con su inevitable acompañamiento de

epidemias en el curso del verano; pero cuando el mal parecía llegar á su colmo, Procopio, el historiador de esta guerra, por orden de Belisario y con auxilio de la esposa de éste, llamada Antonina, logró forzar, con sus buques cargados en Nápoles de víveres, el cordón de los sitiadores, cuya atencion fué llamada oportunamente á otra parte con algunas salidas, y penetrar en Ostia de donde fueron fácilmente introducidos en la ciudad.

Los godos diezmados por las armas de sus contrarios y mas aun por la epidemia y el hambre, enviaron en el tercer año de esta guerra (537-538) una embajada á Constantinopla acompañada de una comision romana para ver si alcanzaban una paz favorable. Lo único que alcanzaron fué la tregua en que se convino para todo el tiempo que duraran las negociaciones, tregua que los ostrogodos no supieron aprovechar, muy al revés de Belisario que la aprovechó, y al fin fué violada por ambos beligerantes. El enérgico Juan (Johannes) logró salir de Roma por la puerta Picentina con un pequeño ejército, y recorriendo el distrito de Ancona, derrotó y mató á Uliteo, tío del rey, que quiso oponérsele con un destacamento godo. Despues, amenazando por la espalda á los sitiadores, trató de cortarles la comunicacion con Rávena; amagó á Ancona y Rimini, y puso en grandísimo peligro á aquella capital, donde vivía la reina Matasvinta, casada contra su voluntad con Witiquis, como su madre con Teodahado, y que llena de rencor estaba en secreta correspondencia con la corte de Constantinopla. Al aproximarse Juan con su ejército á Rávena, trató con él de la entrega de esta capital y le ofreció su mano. Los ostrogodos, en tan fatal situacion y faltos de víveres, levantaron el sitio de Roma que había durado un año y nueve días, desde el mes de febrero de 537 hasta marzo de 538, en cuyo tiempo habían ocurrido 69 acciones entre asaltos, salidas y otros combates. Witiquis marchó con el resto de su menguado ejército hácia Rimini para recuperarla, evitando el camino mas corto y directo de la Via Flaminia, donde habría encontrado las plazas de Narni, Espoleto y Perusa en manos de los imperiales, pero dejando pequeñas guarniciones en los pueblos por donde pasó, como Clusium, Orvieto, Petra, Tudertum, Auximum, Urbino, Cesena y Monferrato. A su vez mandó Belisario desde Roma una escuadra con sus tropas que desembarcaron en Génova, desde donde amenazaron á Pavia, y habiendo derrotado á una division del ejército godo al pié de los muros de esta ciudad, abrióles Milan las puertas, sometándose todo el Genovesado con Bérgamo, Como, Novara y otras ciudades. Hácia mediados de junio, salió en persona Belisario en busca de Witiquis, que todavía sitiaba á Rimini y Ancona. Era el cuarto año de la guerra (538-539); sin resistencia se le rindieron las guarniciones góticas de Clusium y Tudertum y las envió á Nápoles y Sicilia; y á la sazón llegaron nuevos refuerzos de Constantinopla bajo las órdenes de Narses, el vencedor definitivo de los ostrogodos. Estas tropas, entre las cuales había 2,000 hércules voluntarios, pueblo godo también, se le unieron en Fermo, y en seguida marchó con ellas á socorrer á Juan encerrado en Rimini, dejando solo un pequeño destacamento en Auximum para observar al enemigo. Al momento levantaron los ostrogodos el sitio, muy adelantado ya, y se retiraron á Rávena. Urbino se rindió á Belisario pasando la guarnicion á su servicio; Juan sometió Imola y toda la Emilia, y solo le resistió tenazmente Orvieto, á la cual puso sitio á últimos del mismo año.

En el verano siguiente, es decir, en 539, hubo una gran hambre en todos los países de Italia castigados por la guerra, que imposibilitaba toda labor y ahuyentaba la poblacion rural. Los habitantes de la Emilia se retiraron al Piceno en

la costa del Adriático, donde murieron 50,000 aldeanos de hambre. Al otro lado del golfo jónico era aun mayor la miseria. En Toscana se habían retirado los habitantes á la montaña donde se mantuvieron bien ó mal con bellotas. La alimentacion insuficiente y anti-natural originó luego horrosas enfermedades; se comía carne humana, y en una aldea cerca de Rimini donde habían quedado de todos los habitantes solo dos mujeres romanas, se mantenían estas de los viandantes que se quedaban allí á pernoctar, y á quienes mataban cuando dormían para comérselos despues. Habían ya comido diez y seis infelices, cuando el décimo-séptimo despertó á tiempo y las mató.

Entre tanto llegaron los borgoñones que el rey merovingio Teudiberto enviaba al auxilio de los godos, cuyo ejército, á las órdenes de Uraia, pudo obligar con este refuerzo á la guarnicion de Milan á rendirse por hambre. La guarnicion fué tratada como prisionera de guerra; pero los habitantes, 30,000 almas poco mas ó menos, pagaron cruelmente su traicion; los godos furiosos mataron á los hombres, dieron las mujeres á los borgoñones por esclavas y arrasaron completamente la ciudad. Luego se les rindieron las guarniciones de todas las ciudades del Genovesado; pero no dejó de conocer Witiquis que el centro de gravedad de la campaña se hallaba en Rávena, y que si no encontraba aliados, no podría resistir en esta ciudad á su enemigo que preparaba todo lo necesario para atacarle en la primavera próxima. No podía contar con los francos, pues haría conocer sus veleidades, y que lo mas que podía lograr de ellos sería la neutralidad. El rey de los longobardos, Vaquis, no podía auxiliarle tampoco á pesar de las grandes sumas de dinero con que trató de ganarle, porque ya tenía hecho un tratado de paz y amistad con la corte bizantina. En tan grande aprieto pidió consejo á los hombres de edad que le rodeaban y se convino entre todos probar fortuna con Cosroes, rey de Persia, el antiguo enemigo de Justiniano, para ver si podía excitarse á renovar la guerra contra el imperio, á fin de que el emperador se viera precisado á llamar sus tropas de Italia. En efecto, habiéndose ofrecido dos sacerdotes genoveses á hacer tan largo viaje en cambio de una crecidísima suma, fueron á Persia y lograron determinar á Cosroes á marchar otra vez contra Constantinopla. Entonces Justiniano llamó á Belisario para encargarle del mando de las tropas destinadas contra los persas, y despachó á los embajadores de Witiquis que todavía aguardaban en la corte su respuesta, diciéndoles que inmediatamente enviaria un encargado á Rávena con proposiciones de paz aceptables y equitativas. Pero antes que Belisario recibiera la orden de volver había logrado cercar Auximum, mientras otra division sitiaba á Fiéssoli, y una tercera observaba cerca de Tortona los movimientos del ejército godo á las órdenes de Uraia junto á Pavia con instrucciones de entretenerlo ó rechazarlo si se aproximaba. En esta situacion fueron los dos ejércitos beligerantes víctimas de un doble ataque hecho á traicion por el rey franco Teudiberto el merovingio, que creyó el momento propicio para apoderarse del objeto del litigio, es decir, de la Italia, mientras los dos interesados disputándose su posesion se exterminaban mutuamente. Sin cuidarse del juramento solemne que tenía hecho á uno y otro pasó los Alpes marítimos con un ejército de casi 100,000 hombres y penetró súbitamente en la Liguria ó sea en el Genovesado; «porque, escribe Procopio, los francos son el pueblo mas desleal de toda la tierra.» La mayor parte de la infantería de este ejército iba armada de escudo, espada y venablo, su terrible arma nacional que llamaban *frandisea*; solo la escolta ó guardia del rey iba á caballo y llevaba lanzas largas. Los godos, creyendo que llegaban para cumplir su promesa y

ayudarles á aniquilar á los bizantinos los recibieron rebotando de alegría, proporcionándoles todas las facilidades á su paso por el Po y durante su marcha por la Liguria; pero apenas habian llegado al otro lado cerca de Pavia y atravesado el Po con ayuda de los godos, se apoderaron de las mujeres é hijos de estos que allí se encontraban y los mataron para hacer un sacrificio á sus dioses, arrojándolos despues al rio como primicias de su campaña. Al llegar á esta parte de su historia dice Procopio: «Verdad es que estos bárbaros están convertidos al cristianismo, pero conservan casi todos sus usos y creencias paganas, sacrificando personas y otras victimas profanas y consultando el porvenir en sus entrañas.» Aterrorizados con semejante traicion retrocedieron los godos que quedaron á refugiarse en Pavia, donde se encerraron mientras el ejército franco continuaba su marcha por la orilla derecha del Po. En todas partes fueron recibidos sus primeros exploradores con la mayor alegría como aliados; pero cuando al llegar el grueso del ejército empezaron á arrojar entre los godos sus terribles venablos, huyeron todos, despues de haber sufrido grandísimas pérdidas, en direccion de Rávena, pasando por delante del campamento del ejército bizantino estacionado allí en observacion. Los bizantinos á su vez creyeron que su jefe Belisario habia librado una batalla y derrotado á los godos, y en esta creencia salieron también muy alegremente á recibir á los pretendidos compañeros vencedores; pero tal fué el recibimiento y tan completa su derrota, que no pudieron volver á reunirse para buscar refugio en su campamento, y huyendo por todos lados se desparramaron en completa dispersion por la Toscana, donde sorprendieron á Belisario con tan inesperado descalabro.

Los vencedores se habian visto precisados á detenerse entre tanto por falta de víveres. Además hacia grandes estragos entre sus filas la disentería, consecuencia de la mala alimentacion, que se limitaba á la carne del ganado bovino semi-silvestre que podian coger y al agua del Po, que á falta de vino, bebieron en exceso. Mas de una tercera parte del ejército sucumbió de resultas de la epidemia en cortísimo plazo, y el resto, débil y enfermo, se vió imposibilitado de moverse. Esto unido al descontento que no dejó de presentarse amenazador para el rey franco, le determinó á volver á tomar con el resto de su gente el camino de su país; retirada que los bizantinos atribuyeron también á una carta de Belisario amenazando al rey de los francos con la venganza del emperador si no se retiraba. No recibiendo la guarnicion goda de Fiésoli ningun socorro de Rávena, rindióse á los bizantinos y lo mismo hizo la de Auximum cuando le presentaron el comandante de la primera ciudad prisionero; ambas despues de una resistencia tenaz y muy honrosa. En esta ocasion se vió hasta qué punto faltaba entre estas tropas el sentimiento, otras veces dominante, de nacionalidad; aquellos valientes é impetuosos godos, cuando se les negó la libre retirada á Rávena, no encontraron inconveniente en aceptar una capitulacion, en la cual se obligaron á dar la mitad de lo que poseian como botin á las tropas de Belisario como recompensa de sus sacrificios y padecimientos, y quedándose ellos con la mitad restante, combatir en el ejército bizantino contra los suyos. El siguiente dato servirá también para formarse una idea de la situacion entre la soldadesca imperial. Un soldado que, sobornado por los godos, habia llevado dos veces secretamente cartas de los sitiados en Auximum á Witiquis y vuelto con las contestaciones de éste, al ser descubierto fué entregado por Belisario á sus soldados para que le castigasen á su gusto, y los soldados le quemaron vivo. Posesionado de las dos ciudades de Fiésoli y Auximum, que habian costado tan largo sitio, marchó

Belisario contra Rávena para bloquearla por mar y por tierra, pues solo podia rendirse por hambre. La escuadra imperial dominaba los mares, y por una casualidad logró el ejército terrestre apoderarse de un gran número de barcos de trigo que Witiquis habia mandado cargar en la Liguria y hecho entrar con mucha prevision en el Po. Este rio «como si hubiese aguardado á los romanos,» dice Procopio, bajó súbitamente su nivel, tanto que los buques quedaron detenidos y cayeron en manos de los sitiadores. Al saber los reyes francos que Rávena, acosada por el hambre, estaba próxima á rendirse, resolvieron probar otra vez fortuna aprovechando la angustiosa situacion de los godos para ver si podian tomar aunque no fuese mas que un pequeño trozo del hermoso y desgraciado país meridional que se disputaban unos á otros; y en su consecuencia volvieron á ofrecer á los godos su auxilio armado. Súpolo Belisario, y para evitar á todo trance tan peligrosísima intervencion, mandó una embajada á Rávena para recordar á Witiquis la falacia inaudita é incorregible de los merovingios. El resultado fué que despues de aconsejarse largamente el rey ostrogodo con los jefes nobles de sus tropas, resolvió rechazar el ofrecimiento de los francos y entenderse con el emperador; pero mientras iban y venian con este objeto embajadas de un campo al otro, discutiendo las condiciones de paz, Belisario, por medio de varios cuerpos sueltos, se apoderó de Venecia y de los castillos de los Alpes Coccios, cuyas guarniciones, en junto cuatro milenios, bajo el mando de Uraia, se habian dirigido hácia Rávena para socorrer á los sitiados; pero al saber que sus mujeres é hijos habian caido con los castillos en manos del enemigo, se unieron todos á Belisario. Entre tanto mantenía este el sitio de Rávena con creciente rigor; el hambre aumentaba en la ciudad de dia en dia, porque teniendo ocupadas las tropas imperiales ambas orillas del Po, quitaban todos los recursos á los sitiados. No contento con esto, en connivencia con algunos de la ciudad, y ayudado segun se suponia por la misma reina Matasvinta, logró incendiar los considerables acopios de trigo que Witiquis habia reunido con mucha prevision. Este súbito suceso atribuyéronlo los de dentro al efecto de un rayo; y cuando Belisario contaba ya las horas en que se rendirian á discrecion, y se veia en su imaginacion haciendo su entrada triunfal en Constantinopla con el rey de los ostrogodos prisionero, así como habia entrado antes con el rey de los vándalos, se presentaron en el quinto año de la guerra (539-40), con gran disgusto suyo, dos enviados del emperador, que sin perder tiempo ofrecieron á los godos nuevas condiciones de paz tan ventajosas comparadas con la sumision á discrecion, que al punto fueron aceptadas. Consistian estas condiciones en dejarles todos los territorios del reino godo situados al Norte del Po, mientras que la parte del Sur de este rio quedaria tributaria del emperador, siendo el Po la línea divisoria; el tesoro godo se dividiria igualmente entre el emperador y el rey.

Justiniano estaba cansado de la guerra con los godos y necesitaba á su general y á su ejército en Oriente; pero Belisario supo impedir el término de la negociacion negándose á firmar el tratado segun exigian los godos, que con mucha razon recelaban alguna mala treta si el general no firmaba también el documento. Se observó á Belisario que si no lo hacia, podría sospechar el emperador que esta desobediencia ocultaba algun proyecto sedicioso, y entonces mandó reunir el consejo de guerra con asistencia de los enviados imperiales é hizo declarar unánimemente á sus generales que se consideraban imposibilitados de concluir la guerra con la completa sumision del enemigo si se le otorgaban las concesiones que le hacia el emperador. Como él estaba seguro de que pronto realizaria la sumision completa de los godos,

quiso tener esta declaracion para probar que podia hacer aquello de que nadie se creia capaz. Con esta y otras astucias supo el ambicioso general ganar tiempo, sabiendo muy bien que cada dia que pasaba aumentaba el hambre en la ciudad y que cada momento podia traerle el suceso con que queria sorprender al emperador. Los jefes principales ostrogodos se hallaban hacia tiempo muy desanimados, tanto por el hambre y otros padecimientos como por la desgracia que perseguia á Witiquis en todas sus empresas; y á no ser por el temor de ser trasladados á Constantinopla como prisioneros, ya se habrian rendido al enemigo. Para salir de tan angustiosa situacion, resolvieron proponer á Belisario, su vencedor, y cuya estrategia, pericia y feliz estrella les tenia vivamente impresionados, proclamarle emperador de Occidente y rey de los ostrogodos, cosa muy natural, factible y nada extraña en aquella época. Cuando Witiquis tuvo noticia de este plan se declaró dispuesto á abdicar su poder en el ilustre general. Belisario dió muestras de aceptar; sin embargo, quiso precaverse contra una acusacion de alta traicion, y reuniendo á sus generales y á los enviados del emperador les preguntó si creian que seria muy conveniente hacer á todos los ostrogodos con su rey prisionero y apoderarse de todo su tesoro; pregunta á la cual no cabia por supuesto mas respuesta que la afirmativa, que indirecta y tácitamente incluia la declaracion de no ser conveniente hacer la paz con las condiciones ofrecidas por el emperador. Con esto Belisario jugaba un indigno y peligroso juego: alejó primero de su campamento con el pretexto de buscar provisiones á Narses y á otros tres jefes que no le eran adictos y podian contra-restar sus planes en el ejército ó entre los godos, y al mismo tiempo engañó á los embajadores de los bárbaros, no retrocediendo ante ningun juramento, y entró con ellos en Rávena despues de haber enviado provisiones á la ciudad y hecho adelantar su escuadra hasta el puerto del arrabal. Sin ceñirse las dos coronas, de Italia y de los ostrogodos, prendió primero á Witiquis como por pura ceremonia y con todas las consideraciones debidas á su real persona; y despues disolvió el ejército ostrogodo enviando á cada uno á su posesion y casa en la orilla derecha del Po, donde aislados no podian ser peligrosos por estar el país guardado por tropas imperiales, mientras en la ciudad era muy diferente. Arreglado esto, tomó posesion del tesoro, no para quedarse con él como creian los bárbaros sino para llevarlo á Justiniano. En seguida se entregaron las guarniciones ostrogodas de Treviso y de innumerables castillos y plazas fuertes del Véneto y de otras provincias, cuyos comandantes se apresuraron á pasar á Rávena á presentarse al que creian ser su rey. Cesena se habia rendido antes, y solo faltaba que se rindiera Verona. Solo Ildibado, comandante de esta plaza, viendo que no se dejaba salir á sus hijos de Rávena donde se hallaban, sospechó alguna traicion. Así pues, Belisario, siguiendo su plan meditado desde largo tiempo con infame falsedad, habia representado el papel de rey ostrogodo, apoderándose primero de la capital, luego del rey, y sucesivamente del tesoro y de todas las plazas fuertes y castillos inexpugnables, menos Verona, y disolviendo completamente el ejército, sin que los engañados ostrogodos, á excepcion de Ildibado, sospechasen nada. Solo abrieron los ojos cuando llegó la órden de Constantinopla llamando á Belisario, y vieron que éste hacia los preparativos de su marcha acatando la voluntad de su amo. El país al Sur del Po se hallaba en poder de las tropas bizantinas, pero los ostrogodos del otro lado y de Rávena corrieron llenos de desesperacion y de dolor á Pavia, donde vivia Uraia, el tio de Witiquis, para suplicarle que se pusiera á su cabeza y los llevara al combate, aunque casi sin mas esperanza que la de morir honrosamente. Uraia les propuso que

eligieran en su lugar á Ildibado, que siendo yerno del rey visigodo Teudis podria quizás obtener su auxilio. Hicieronlo así, é Ildibado llamado á Pavia aceptó la corona, no sin intimar antes á Belisario con el consentimiento de los suyos, que cumpliera su promesa solemnemente jurada. A esta intimacion contestó el general bizantino que jamás admitiria la corona mientras viviera su amo, el emperador, y rechazando bruscamente el ofrecimiento de Ildibado de poner el manto regio á sus piés y reconocerle por rey de los godos y de Italia, embarcóse luego (en el sexto año de la guerra 540-41) para Constantinopla, llevándose con el tesoro ostrogodo, al rey Witiquis, á la reina Matasvinta y á muchos nobles principales. Esta vez el emperador no le concedió los honores de la entrada triunfal, pero el pueblo de la capital se hizo lenguas del gran hombre «que acababa de destruir el imperio del gran Teodorico, como habia destruido el de Genserico.»

La fama de haber destruido el reino ostrogodo era algo infundada y prematura, pues contra todas las apariencias este reino resistió todavía con grandísima gloria durante muchos años, y Belisario no estaba destinado á ser su destructor definitivo.

Luego que supo Ildibado la partida del general bizantino, emprendió con valor y entusiasmo indecibles la obra difícilísima del restablecimiento del reino ostrogodo, empezando sus disposiciones con solo mil combatientes, y con Pavia y Verona por única base de sus operaciones. Poco á poco se le fueron agregando los ostrogodos diseminados por la Liguria y el Véneto, y al mismo tiempo se presentaron también en el espíritu de los italianos los primeros síntomas de aquella disposicion que tanto hubo de coadyuvar despues á los planes del hábil Totila. Los sucesores de Belisario, afanosos solo de enriquecerse, saqueaban al pueblo y permitian iguales desmanes á sus tropas, detrás de las cuales iba otra plaga mucho mayor, la de los empleados de hacienda del gobierno bizantino, que desplegaban todo su talento diabólico para aplicar la insoportable máquina esquiladora de la administracion imperial al desgraciado pueblo italiano, exhausto y arruinado ya por tantas guerras, hambres y epidemias, y que empezaba suspirando á acordarse del gobierno de Teodorico tan benigno y paternal y del cariño de su hija. Uno de los peores instrumentos de la administracion de hacienda era el contador general Alejandro, á quien el pueblo habia dado el sobrenombre de Tijera, porque tenia una habilidad particular para cortar y cercenar las monedas de oro sin que se conociera á la simple vista la merma. Con estas monedas pagaba á la tropa, robando al pobre soldado lo que habia ganado exponiendo su vida y salud en los campos de batalla. La irritacion del pueblo italiano entero llegó á su colmo cuando Alejandro emprendió la revision de la administracion de hacienda del tiempo de los reyes ostrogodos, y acusó á gran número de personas acomodadas, que en su vida habian tenido que ver con la administracion económica, de sustraccion de fondos públicos, haciéndoles pagar las sumas que pretendia habian sustraído. El único general, que comprendiendo exactamente el peligro de la situacion, atacó á Ildibado, confiando en sus tropas compuestas de hérulos, fué Vitalio, pero con tan aciaga suerte que perdió la batalla de Treviso y en ella la mayor parte de sus hérulos, que con su rey Visando quedaron muertos en el campo. El odio y los asesinatos entre los jefes godos impidieron aprovechar esta victoria y alcanzar nuevas ventajas. El ama de gobierno de Uraia, yendo un dia muy ataviada y adornada al baño, encontró á la reina, mujer de Ildibado, vestida muy sencillamente, porque el tesoro real estaba en Constantinopla. La reina habiendo querido ver en el saludo poco reverente de